

LOS ORTODOXOS Y EL MOVIMIENTO ECUMÉNICO¹

Hace ya casi un siglo que la Iglesia ortodoxa rusa mantiene un diálogo con el movimiento ecuménico. «Ecumenismo» es un concepto poliédrico. Mientras inicialmente indicaba la aspiración al reacercamiento de los cristianos, hoy este término se usa en las acepciones más diversas. Por esto es necesario distinguir de modo claro los conceptos de «ecumenismo» y «movimiento ecuménico» por un lado, y de «contactos ecuménicos de la Iglesia ortodoxa» o «participación de los ortodoxos en el movimiento ecuménico» por otro. Un objetivo importantísimo de la participación ortodoxa en el movimiento ecuménico ha sido siempre y deberá ser en el futuro el de testimoniar la doctrina y la tradición universal de la Iglesia, y en primer lugar la verdad de la uni-

¹ El documento *"Principios básicos de la actitud de la Iglesia ortodoxa rusa hacia las demás confesiones cristianas"* iba acompañado en la versión presentada en el Concilio de obispos (Moscú, 13-16/8/2000) por un largo apéndice sobre la historia y las características de los diálogos teológicos de la Iglesia ortodoxa rusa con el mundo no ortodoxo. De ese texto proponemos la parte preponderante, relativa a la participación en el movimiento ecuménico. Traducción al español de la versión italiana del original ruso, aparecida en *Il Regno-documenti* 5 (2001) 189-194. Gentilmente las "Edizione Dehoniane" han autorizado la traducción, realizada por la Dra. Rosa M. Herrera García, haciendo la revisión general y de los contenidos teológicos el prof. Fernando Rodríguez Garrapucho.

dad de la Iglesia, tal como se realiza en la vida de las Iglesias ortodoxas locales.

El diálogo de la Iglesia ortodoxa con el movimiento ecuménico no implica el reconocimiento de igual valor o de equivalencia con todos los demás participantes del movimiento. La pertenencia al Consejo Ecuménico de las Iglesias no implica el reconocimiento de que el CEI sea una realidad eclesial de un orden más universal que la misma Iglesia ortodoxa, porque ésta es la Iglesia una, santa, católica y apostólica, ni sólo el reconocimiento del hecho de que el CEI posee al menos alguna realidad eclesial por sí mismo. El valor religioso y la importancia del CEI están subordinados a la disponibilidad y a la aspiración de los miembros del CEI a escuchar y responder al testimonio de la verdad universal.

LA GÉNESIS DEL MOVIMIENTO ECUMÉNICO

El movimiento ecuménico ha surgido en el seno del protestantismo a caballo entre los siglos XIX y XX. La génesis del movimiento ecuménico está unida al despertar de la «voluntad de unidad» en la comunidad cristiana separada. Además, los motivos iniciales y los impulsos del movimiento ecuménico fueron la exigencia de una cooperación cristiana internacional y el deseo de superar el confesionalismo que estaba destruyendo los objetivos de la misión. Un signo propio del final del siglo XIX fue la aparición de las uniones, sociedades y alianzas confesionales. En la primera treintena de nuestro siglo el movimiento ecuménico no fue efectivamente único, sino que fue el conjunto de una serie de movimientos interprotestantes.

Prácticamente desde los inicios, cuando el movimiento ecuménico comenzó a nacer, sus promotores tuvieron la aspiración de crear un organismo unitario del movimiento ecuménico, que seguidamente quedó formalizado como «Consejo Ecuménico de las Iglesias». Nacieron organismos nacionales y regionales de cooperación ecuménica —los «consejos de Iglesias» nacionales y regionales—. Además de la actividad misionera, en el primer lugar en la esfera de los intereses del movimiento ecuménico estuvo la colaboración

en el campo de las actividades prácticas. Relativamente más tarde, el movimiento que se formó para la unificación inter-cristiana fue inspirado precisamente por la doctrina protestante sobre la Iglesia, las intenciones y los objetivos de la re-unificación de los cristianos.

Una de las ideas centrales para el ecumenismo protestante fue la afirmación según la cual ninguna de las confesiones existentes puede aspirar a llamarse en el sentido pleno del término «Iglesia una, santa, católica y apostólica». Entre ellas no hay diferencias, en cuanto que son confesiones originadas tras la división de la que un tiempo fue la única cristiandad, división provocada por las deficiencias de los hombres. Sobre la cuestión de la naturaleza de la unidad de los cristianos y del alcance de las divisiones, los representantes de las diversas confesiones tenían divergencias, pero fundamentalmente la «eclesiología ecuménica» se reducía al hecho de que la unidad de los cristianos es una realidad objetiva. Todos los cristianos, puesto que todos creen en Cristo, por esto, son una sola cosa en Cristo.

Por tanto, como principal objetivo del ecumenismo, se entendía la necesidad de evidenciar y expresar de manera visible esta unidad ontológica, empañada y debilitada en el curso de la historia, y de reconstituir las relaciones interrumpidas entre los cristianos. Por consiguiente, en el plano práctico, la perspectiva de la reconstitución de la unidad se pensaba en la dirección de acuerdos interconfesionales.

Puesto que existía la tesis de que «el dogma separa, mientras la vida une», para conseguir el acercamiento de las confesiones se presumía que podrían realizarse los siguientes puntos:

a) tender a un *consensus* doctrinal sobre las cuestiones que dividen a las confesiones (este *consensus*, como todo consenso, presupone concesiones recíprocas, el reconocimiento de las diferencias como hecho secundario, de modo particular también porque todas estas divergencias doctrinales son el fruto de la intransigencia y de la arrogancia de los teólogos y de la ambición de los responsables eclesiásticos);

b) sin esperar la consecución del *consensus* doctrinal, llevar a cabo la unidad a nivel práctico —de misión, de servicio a los desheredados, etc.;

c) tender a la instauración de un diálogo eclesial, como instrumento de acercamiento espiritual entre las confesiones —organizar encuentros de oración común, invitar a las liturgias en la propia comunidad a representantes de otras confesiones, etc.; enseguida esta idea adquirió el carácter de la así llamada «intercomunión» o de la «hospitalidad eucarística»— cuando venían invitados a participar en la eucaristía representantes de otra confesión con la que todavía no se había reconstruido la comunión plena.

El Consejo Ecuménico de las Iglesias era considerado por los promotores de su creación como el signo más visible de la unidad de los cristianos; el instrumento para la coordinación del acercamiento interconfesional. En la elección misma del adjetivo «ecuménico» para calificar el movimiento de los cristianos hacia la unidad se refleja de modo específico la comprensión occidental, exterior, de los principios de la universalidad y de la unidad de la Iglesia.

«Ecumene»-«universo» (es decir, el mundo habitado) en los primeros siglos del cristianismo designaba la tierra poblada, la totalidad de las naciones de cultura greco-latina, de los pueblos de la cuenca del Mediterráneo, de los territorios del imperio romano. El adjetivo «ecuménico» («universal») se convirtió en una definición del Imperio bizantino, «imperio universal». Desde el momento en que los confines del imperio en la época de Constantino el Grande más o menos coincidían con la extensión de la Iglesia, la Iglesia se sirvió a menudo del término «ecuménico». Este término venía dado como título honorífico a los obispos de las dos capitales del Imperio, Roma y más tarde, la «nueva Roma» Constantinopla. Especialmente con este término se indicaban los sínodos eclesiásticos generales de los obispos del imperio universal. Con la palabra «universal», «ecuménico», se entendía también lo que se refería a todo el territorio eclesiástico en su conjunto, en contraposición con todo lo que tenía sólo un alcance local, provincial (por ejemplo, el sínodo local o un culto local).

Por esto la expresión «movimiento ecuménico» sobreentendía la superación del «provincialismo confesional, la superación del aislamiento de todo el «otro» mundo, la apertura a todas las demás comunidades cristianas. La Iglesia ortodoxa distingue la «vseòbscnost' cristiana», el *universalizm*, la *vselènskost'* de la *sobòrnost'* (*kafolicnost'*) [términos que traducimos casi todos de manera genérica con «universalidad» o «catolicidad» con el riesgo de ambigüedad con la confesión «católica»; ndt]. La *ekumenicnost'* («ecumenicidad») es la consecuencia que surge necesariamente de la *sobòrnost'* de la Iglesia y está vinculada de manera indisoluble a la *sobòrnost'* de la Iglesia porque no es algo diferente, sino más bien su expresión exterior y material. La Iglesia en su conjunto se define «*vselènskaja*», y esta definición se aplica a sus partes; pero cada parte de la Iglesia, incluso la más pequeña, incluso un solo creyente, puede ser definida «*kafolicnaja*» (*sobòrnaja*). La universalidad (*vselènskost'*) y «el estar en todo lugar en el mundo» (*povsemestnost'*) de la Iglesia son una consecuencia de su *kafolicnost'*. La Iglesia es *vselènskaja* no sólo en la totalidad de todos sus miembros o de todas las Iglesias locales, sino dondequiera y siempre, en cada Iglesia local, en cada templo. De este modo, la concepción ortodoxa y la que los cristianos no ortodoxos tienen de la universalidad (*vselènskost'*) divergen notablemente. Para los ortodoxos la «ecumenicidad» (*ekumenicnost'*) es la consecuencia de la unidad intrínseca con la verdad y de la integridad y unitariedad internas de la experiencia espiritual de la Iglesia, mientras que para los no ortodoxos el ecumenismo (*ekumenizm*) es un presupuesto inicial y una condición formal de la unidad.

² «Esta palabra no ha encontrado todavía una traducción adecuada. Caracteriza la esencia misma de la Iglesia, es el principio conciliador de la esencia de la Iglesia basado en la fe. Mientras que las fuerzas racionales del espíritu (razón y juicio) son fuerzas separadoras, porque cada hombre piensa "desde sí mismo y por sí mismo", en la Iglesia el conocimiento reforzado por la fe es dado a cada uno sólo en cuanto miembro de la Iglesia. *Sobòrnost'* es una característica no humana, sino "divina" de la Iglesia. En la Iglesia sus miembros se encuentran en una "comunidad mística" (y "ultraconsciente") entre ellos y con Cristo, cabeza de la Iglesia». [Nota del traductor italiano, tomada de D. Tschizewskij, *Storia dello spirito russo*, Sansoni, (Firenze 1965)].

Si la necesidad del testimonio de la Iglesia ortodoxa en el mundo no ortodoxo no suscita dudas, entonces la cuestión de las formas concretas de este testimonio, y en particular de la oportunidad de la participación de la Iglesia ortodoxa en el movimiento ecuménico y en las organizaciones cristianas internacionales, debe seguir siendo como era antes objeto de estudio constante y atento. Reconociendo y recordando continuamente a los no ortodoxos que el problema ecuménico principal es la división, y no la unidad, las Iglesias ortodoxas locales han decidido participar en el movimiento ecuménico y en las organizaciones ecuménicas, por así decir, «desde el interior» y asumir una posición constructivamente crítica.

No se puede decir que este problema no suscite alguna duda para la conciencia y el conocimiento ortodoxo. Los ortodoxos ven que en el movimiento ecuménico están presentes la sincera aspiración a la unidad, y al mismo tiempo, también todo el espectro de los errores y de las ideas doctrinales erradas, aparecidas en el curso de la historia cristiana. En relación con esto varias veces ha sido planteada y se plantea la cuestión: ¿el movimiento ecuménico y sus formas institucionales, así como el papel que tienen en él los ortodoxos, resultan un instrumento bueno y eficaz para el testimonio ortodoxo? ¿No sería mejor, más simple y más razonable mantener las distancias, hablar desde fuera y subrayar desde el inicio la incompatibilidad de los presupuestos fundamentales y las divergencias sustanciales en la formulación de los objetivos y de las finalidades últimas?

Pero al participar en el movimiento ecuménico, los ortodoxos declaran de manera absoluta, indiscutible e inequívoca que ellos no comparten la concepción que los cristianos no ortodoxos tienen del ecumenismo. Para los ortodoxos no es importante lo qué representa el movimiento ecuménico hoy, sino cómo el movimiento ecuménico podría ser, podría llegar a ser, con una acción sabia y paciente del testimonio ortodoxo, que funcione en él como «levadura».

Sobre los principios de la posición de la Iglesia ortodoxa frente a la «unidad ecuménica» y sus formas institucionales se ha expresado el santo mártir Hilario (Troickij) en sus respuesta a uno de los líderes del movimiento ecuménico y promotor de la creación del CEI, Robert Gardiner. Habiendo dedicado su respuesta a una crítica despiadada de la «ecle-

siología ecuménica» que, evidentemente, Gardiner compartía. san Hilario en la conclusión de la carta dice lo siguiente: «no penséis que mi desacuerdo categórico sobre su concepción de la unidad de la Iglesia es una condena de la idea misma de la conferencia ecuménica de los cristianos (prototipo del CEI). No, yo ya he dicho que he rogado al Señor por la plena consecución de la proyectada conferencia. Pero estoy firmemente convencido de que sería un enorme paso hacia delante en el camino de la unidad, si la conferencia consolidase ante todo la verdad de la unicidad de la Iglesia y no considerase a todas las confesiones cristianas y las sectas contemporáneas, puestas todas en el mismo plano, como la única Iglesia de Cristo, que ha perdido sólo la unidad visible».

EL INGRESO DE LA IGLESIA ORTODOXA EN EL CEI

La actitud de la Iglesia ortodoxa rusa hacia el CEI no ha sido unívoca. Además de sus aspiraciones a cumplir su tarea de testimonio, la Iglesia ortodoxa rusa ha comprendido también los peligros que han nacido en el predominio de las fuerzas protestantes en el CEI. La Iglesia ortodoxa rusa junto con un grupo de otras Iglesias ortodoxas locales, declinó la invitación a entrar a formar parte del CEI en 1948. El tema más doloroso para la autoconciencia ortodoxa afectaba al modo de entender la pertenencia al Consejo Ecuménico de las Iglesias. El modo de ser de las Iglesias ortodoxas en calidad de Iglesias-miembros a la par con las otras «Iglesias» suscitó serias sospechas acerca de la posibilidad de entender el CEI como una estructura más universal de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, tal como por otra parte la Iglesia ortodoxa se comprende a sí misma.

El resultado de la crítica constructiva y tenaz por parte de los ortodoxos fue la aprobación por parte del CEI de la llamada *Declaración de Toronto*, que garantizó de manera clara e inequívoca a los ortodoxos el derecho a testimoniar en el CEI la propia eclesiología y la naturaleza de la división de los cristianos, el rechazo de la pretensión de la «paridad» y del reconocimiento como «Iglesias» de diversas confesiones y la reafirmada neutralidad eclesiológica del CEI, es decir, que el

CEI no deba ser considerado como una especie de «superIglesia» y que de ningún modo aspire a llegar a serlo.

La *Declaración de Toronto* fue la respuesta del CEI a la crítica promovida por la Conferencia de Moscú de 1948 de «determinación y proyección hacia un objetivo bien preciso del CEI». La sucesiva evolución del Consejo en sentido positivo llevó a esfuerzos constructivos del Consejo ecuménico para modificar la dirección unilateral filo-occidental de su actividad y para mantener una actitud más equilibrada y objetiva entre Occidente y Oriente. En el plano teológico el Consejo ecuménico de las Iglesias ha comenzado a prestar una mayor atención a los problemas de «Fe y Constitución» y en particular a la elaboración de una nueva base y de una definición más clara de la unidad de la Iglesia en la fe y en los principios del ordenamiento canónico. Tal evolución interna se ha desarrollado en la dirección del reforzamiento de los elementos de la universalidad y de la eclesialidad.

En julio de 1961 el sínodo local de la Iglesia ortodoxa rusa decidió llevar a cabo la adhesión de la Iglesia ortodoxa rusa al CEI. El ingreso de la Iglesia ortodoxa rusa en el Consejo tuvo lugar en diciembre de 1961, durante la III Asamblea general del CEI en Nueva Delhi. Del hecho de que el cambio de posición de la Iglesia ortodoxa rusa frente al movimiento ecuménico haya sido provocada por cambios positivos en el interior de este movimiento, y del hecho de que el ingreso de la Iglesia rusa en el CEI haya sido dictado por motivos de testimonio ortodoxo, habló en 1961 su santidad el patriarca de Moscú y de todas las rusas Alexis I: «Nosotros con satisfacción constatamos que (... el movimiento ecuménico) por muchos aspectos ha emprendido el camino de la aspiración a un método de trabajo más eclesial, más espiritual (...) También nosotros hemos cambiado actualmente nuestra posición frente al Consejo ecuménico de las Iglesias. Además, nosotros hemos ido siempre de buena gana al encuentro de sus aspiraciones y exigencias espirituales, deseando la unificación de todos bajo Cristo-cabeza en el seno de su santa Iglesia. Así pues, ya que los que se han separado de la Iglesia buscan ellos mismos la unidad en ella, es necesario que nosotros vayamos a su encuentro, para hacerles menos difíciles sus aspiraciones con el testimonio de la verdad de la ortodoxia. Las relaciones recíprocas, como las

que se han constituido entre nuestra Iglesia y el CEI (...) han conducido ahora a la decisión tomada por nuestro Santo Sínodo el 30 de marzo [1961] de la adhesión sobre la Iglesia ortodoxa rusa al CEI (...) En las circunstancias actuales no podemos dejar de ver los signos de la necesidad de sostener el sentimiento de comunión cristiana y de vincular a los cristianos de Oriente y de Occidente con los vínculos del amor y de la paz. Nuestra misión en estas condiciones es manifestar a los cristianos occidentales la luz de la ortodoxia».

El ingreso de la Iglesia ortodoxa rusa en el Consejo fue celebrado con la aceptación por parte de los representantes ortodoxos de la declaración de la III Asamblea del CEI, en la que estaba formulada de manera absolutamente clara la actitud crítica de los ortodoxos frente a la idea dominante del mundo protestante con relación a los métodos de la reunificación de los cristianos, y que se convirtió en un nuevo ejemplo claro del intransigente testimonio ortodoxo dirigido a los miembros no ortodoxos del CEI: «el movimiento ecuménico, ahora concretizado en el CEI, comenzó por iniciativa de los protestantes, pero no estaba destinado desde el principio a ser una empresa protestante ni debe ser considerado como tal. Esto es subrayado de modo particular ahora, que casi todas las Iglesias de la comunión ortodoxa se han convertido en miembros del CEI (...) El problema ecuménico, tal como se entiende en el actual movimiento ecuménico, en primer lugar es un problema del mundo protestante. La cuestión fundamental en este ángulo es el problema del 'confesionalismo'.

Por esto el problema de la unidad o de la reunificación de los cristianos a menudo es considerado en el contexto de un acuerdo o de una reconciliación interconfesional. En el mundo protestante tal acercamiento es normal. Pero para los ortodoxos no es aceptable. Para los ortodoxos el problema ecuménico fundamental consiste en el cisma. Los ortodoxos no pueden aprobar la idea de la «igualdad de las confesiones» y no pueden considerar la reunificación de los cristianos simplemente como una composición interconfesional.

La unidad ha sido rota y debe ser reconstruida. La Iglesia ortodoxa rusa no es una entre muchas confesiones, para los ortodoxos la Iglesia ortodoxa es la Iglesia. La Iglesia

ortodoxa identifica la propia estructura interna y la propia doctrina con el mensaje de los apóstoles (*kerigma*) y con la tradición de la Iglesia antigua indivisa. Se encuentra en la continuidad inviolada e ininterrumpida del ministerio sacramental, de la vida sacramental y de la fe. Para los ortodoxos la continuidad apostólica del episcopado y el sacramento ministerial son importantes y constitutivos, y por esto son elementos indispensables de la existencia misma de la Iglesia. La Iglesia ortodoxa, por conocimiento y su convicción intrínseca tiene un puesto particular y exclusivo en el mundo cristiano dividido, porque es depositaria y testigo de la tradición de la Iglesia antigua indivisa, de la que derivan todas las confesiones existentes a través de una reducción y de la división.

Desde el punto de vista ortodoxo el actual esfuerzo ecuménico se puede definir como un 'ecumenismo en el espacio', encaminado al acuerdo entre las confesiones actualmente existentes. Desde el punto de vista ortodoxo este esfuerzo es incompleto e insuficiente. Se pueden encontrar en el pasado fundamentos comunes en las confesiones existentes: en su historia común, en la común tradición antigua y apostólica, de la que ellas han derivado, y necesita buscarlos. Este aspecto del esfuerzo ecuménico se puede llamar 'ecumenismo en el tiempo' (...) No se prevé la reconstitución estática de las viejas formas, sino más bien la reconstitución dinámica de la sustancia eterna que solo puede asegurar una auténtica armonía 'de todos los siglos' (...) El objetivo del esfuerzo ecuménico según la opinión ortodoxa consiste en la reintegración del genio cristiano, de la tradición apostólica, de la plenitud de la visión cristiana y de la fe en armonía con todos los siglos».

Los decenios que han transcurrido desde la adhesión de la Iglesia ortodoxa rusa al CEI han sido años de intenso diálogo. La participación en el CEI se ha revelado como una tarea ardua, que ha requerido el empeño de las fuerzas de los mejores teólogos de la Iglesia. El optimismo de los ortodoxos del período inicial del movimiento ecuménico, relacionado con la esperanza en un acercamiento rápido y sustancial con los cristianos no ortodoxos, se ha revelado como prematuro: demasiado profundas se han mostrado las diferencias y enormemente difícil se ha revelado la tarea de

crear un nuevo lenguaje. Pero a pesar de estas dificultades, los años de escrupuloso trabajo han dado sus frutos. Efectivamente, los resultados del testimonio ortodoxo en el CEI son la nueva estructura del CEI; la *Declaración de Nueva Delhi* sobre la unidad y la *Declaración de Toronto*; los documentos de Lima del CEI sobre *Bautismo, eucaristía y ministerio*. Un triunfo innegable para el testimonio ortodoxo en el CEI es la Conferencia ecuménica de Fe y Constitución en el año 1993 en Santiago de Compostela (España), con sus resoluciones sobre la necesidad de dirigir las propias fuerzas a las cuestiones de eclesiología, de la profesión de fe, de la fe apostólica, sobre la obligatoriedad para todos del Símbolo Niceno-constantinopolitano (sin el Filioque), sobre la unitariedad en la comprensión de la Tradición apostólica y de la herencia y sucesión apostólica, sobre la cuestión de la autoridad de la Iglesia, del primado en el servicio de la unidad, y sobre la necesidad de condenar el proselitismo.

FE Y CONSTITUCIÓN

En el curso de muchos años de diálogo con el movimiento ecuménico los ortodoxos han subrayado la necesidad prioritaria de trabajar por la reconstrucción de la unidad en la fe, en el ordenamiento y en los principios de la vida religiosa de la Iglesia respecto a la cooperación en cuestiones prácticas, el llamado «horizontalismo». Con esto se vincula también la particular atención que los ortodoxos dedican a la propia participación en la comisión Fe y Constitución del CEI. La comisión Fe y Constitución es una continuación institucional, y en cierta medida autónoma en el contexto del CEI, de un movimiento homónimo que existía ya en 1910 y era una de las direcciones más importantes en el movimiento ecuménico como los movimientos «Vida y acción» y el Consejo misionero internacional.

La actividad de Fe y Constitución, a diferencia de otras orientaciones en el movimiento ecuménico, y precisamente en esto residen su valor particular y su validez para el testimonio ortodoxo, se ha orientado desde siempre a la actuación de un diálogo teológico multilateral. Precisamente en el ámbito de Fe y Constitución los delegados ortodoxos han

podido referir a sus interlocutores en el diálogo teológico la visión universal de los temas en discusión: la Iglesia y su unidad, la comprensión de los sacramentos del bautismo, la eucaristía y la ordenación sacerdotal, Escritura y Tradición, papel y significado de los símbolos de fe, influjo de los factores llamados «no teológicos» sobre el problema de la división de los cristianos y de la unidad. El diálogo teológico en el ámbito de Fe y Constitución aparece más amplio y representativo gracias a la adhesión de la Iglesia católica romana, que no es miembro del CEI. En virtud de la particular importancia de la comisión Fe y Constitución para el testimonio ortodoxo, pero también en razón de la autonomía histórica y estructural de esta comisión del CEI se debe mantener como posible que la Iglesia ortodoxa rusa siga participando en ella, incluso en caso de cambio del *status* de su participación en el Consejo Ecuménico de las Iglesias.

Desde el inicio de su participación en el diálogo con el movimiento ecuménico los teólogos ortodoxos se han confrontado con la inevitable ambigüedad del lenguaje y de la terminología usada en el diálogo, factor que expresaba la tendencia de los participantes no ortodoxos a alcanzar soluciones de compromiso doctrinal: «no por casualidad en el curso de los coloquios que se estaban desarrollando, se subrayó que hubiera sido inconveniente cualquier compromiso en las cuestiones de la fe y de la conciencia religiosa en la Iglesia ortodoxa, y que no se podían nombrar con las mismas idénticas palabras dos concepciones, dos ideas diversas, o dos interpretaciones diversas de fórmulas de uso general. Y los ortodoxos no pueden esperar que la unidad, fundada sobre tales fórmulas ambiguas, pueda ser duradera (...) La Iglesia ortodoxa mantiene que cualquier unión debe fundarse sobre la fe común (...) Ningún valor práctico tiene, por ejemplo, un acuerdo sobre la necesidad de los sacramentos en la Iglesia, si existen contrastes radicales entre las Iglesias sobre su número, su significado y en general la esencia de cada uno de ellos, su eficacia y efectos (...). A causa de todo esto, no podemos aceptar la idea de una reunificación limitada sólo a elementos comunes de poco relieve, porque según la doctrina de la Iglesia ortodoxa, allí donde no hay comunión de fe, no puede existir tampoco comunión en los sacramentos. Tampoco podemos aplicar aquí el principio, válido en otros casos, de la *oikonomia*, que con frecuencia ha

aplicado la Iglesia ortodoxa frente a aquellos que se dirigen a ella» (*Declaración de los participantes ortodoxos en la I Conferencia ecuménica de Fe y Constitución, Lausana 1927*).

La participación de los ortodoxos en el CEI no ha sido nunca fácil. Siglos de división entre los cristianos, de vida del cristianismo occidental separada de la comunión ortodoxa, han producido resultados miserables. Ante todo se ha descubierto que se había perdido un lenguaje común, un sistema común de significado de los conceptos, el espacio común del diálogo. Incluso el uso del lenguaje bíblico en el diálogo ecuménico se reveló como ambiguo y artificioso. Hablando de modo formal, los teólogos pueden comunicarse en una sola lengua, pero usando incluso los mismos conceptos, ellos en realidad expresan la diversa experiencia religiosa de las propias tradiciones. Precisamente esta profunda y radical diferencia de experiencia religiosa de la ortodoxia convierte el testimonio en una tarea enormemente compleja.

Tras años de participación de los ortodoxos en el movimiento ecuménico se ha hecho evidente que el testimonio ortodoxo podrá tener éxito sólo sobre la base de una crítica coherente y motivada de las premisas, del contenido, del *ethos* del contexto histórico-cultural y social, y de los mismos principios religiosos de los cristianos no ortodoxos. Para esto son necesarios una comprensión más clara de la misma problemática protestante, el estudio de los fundamentos teológicos y religiosos. También ha quedado claro que toda la problemática del diálogo con los no ortodoxos y su dinámica interna requieren como respuesta no ya esquemas preconfeccionados y rígidos, sino una interpretación continua y creativa de la propia tradición. Ha quedado claro que la participación en el movimiento ecuménico infunde un estímulo vigoroso al desarrollo del pensamiento teológico ortodoxo, precisamente como respuesta a los interrogantes de los no ortodoxos. De nuevo se ha manifestado en toda su actualidad la idea de que el Evangelio, la Tradición de la Iglesia, la doctrina dogmática deben de nuevo encarnarse cada vez en el nuevo contexto histórico-cultural. Los diálogos ecuménicos han revelado una constante sorprendente: introducirse en el debate con los no ortodoxos sobre problemas de la modernidad que parecerían muy lejanos de los de los santos padres, y sobre temas que preocupan a los no ortodoxos, exige inevita-

blemente a los teólogos ortodoxos arraigarse cada vez más profundamente en la tradición y en el pensamiento de los santos padres. La capacidad de dialogar con el mundo no ortodoxo está subordinada a lo que profundamente nos arraiga, de manera creativa, en nuestra tradición específica.

La Iglesia ortodoxa rusa en el curso de todos los años de su participación en el Consejo Ecuménico de las Iglesias ha ocupado siempre una posición de crítica constructiva frente al CEI. Esto está unido a las peculiaridades estructurales, históricamente condicionadas, del Consejo. Desde el comienzo en el CEI ha predominado el elemento protestante. Los ortodoxos, participando en las actividades del CEI, comprendieron que ellos habrían debido llevar el propio testimonio en condiciones bastante difíciles, cuando la posibilidad misma de discutir de este o aquel tema estaba determinada por el resultado de una votación, en la que podían estar en minoría.

No se quiere decir que tal procedimiento podía imponer algo a los ortodoxos: las decisiones tomadas en el CEI no tienen ningún valor vinculante para los miembros del CEI. Pero la temática del debate en el Consejo estaba en gran medida determinada y está todavía determinada por la mayoría protestante. Es obvio que los ortodoxos incluso en estas condiciones han expresado siempre libre y abiertamente su propio pensamiento en conformidad con la Tradición de la Iglesia, y este pensamiento con frecuencia ha aparecido como una «reacción», una «posición particular» con respecto al pensamiento de la mayoría no ortodoxa. El CEI se ha revelado como una tribuna extraordinaria, un foro verdaderamente ecuménico en el que los ortodoxos tienen la posibilidad de dar a conocer a los no ortodoxos la fe de la Iglesia. Pero este hecho no puede ser minusvalorado por todas las dificultades que los ortodoxos deben afrontar en el Consejo.

A causa de la estructura actual del CEI, los ortodoxos se ven a veces obligados a discutir en el Consejo problemas que no querrían discutir. Mientras que al mismo tiempo las cuestiones que realmente preocupan a las Iglesias ortodoxas quedan fuera de los programas de debate en el CEI. Con esto se pone un obstáculo gravísimo a la posibilidad de dar testimonio ortodoxo en el Consejo. Los ortodoxos precisamente a causa de su minoría estructural, no pueden ejercitar ninguna

influencia en la programación de las temáticas del CEI. En el contexto de la estructura actual del CEI los ortodoxos se ven obligados a asumir toda la responsabilidad del orden del día y las decisiones que se tomen en el CEI, y que a veces resultan inaceptables para la doctrina y la tradición ortodoxas. Por esta circunstancia la adhesión con tal grado de vinculación suscita una áspera crítica por parte del clero y de los laicos de las Iglesias ortodoxas.

En la agenda del CEI con el tiempo han comenzado a aparecer temas que eran absolutamente inaceptables para la tradición ortodoxa. Tiene pleno fundamento hablar de una crisis que está creciendo en el CEI, relacionada, a su vez con las dificultades que derivan del número relevante de confesiones protestantes miembros del CEI y con la crisis del movimiento ecuménico en su conjunto. Los objetivos declarados por el CEI entran hoy en el más completo contraste con la práctica: se está haciendo cada vez más evidente la distancia entre la mayoría protestante, que se está acercando en el terreno de la liberalización y la minoría ortodoxa. Como resultado es posible una evolución tal en las Iglesias protestantes y en el CEI que los ortodoxos no puedan ya concordar con ella ni en sus principios eclesiológicos, ni dogmáticos, ni éticos.

PARA UNA REFORMA DEL CEI

El Sínodo de obispos de la Iglesia ortodoxa rusa de 1997 ha examinado atentamente la situación de la adhesión al CEI y la cuestión de los problemas correlativos en relación con la acentuación de las tendencias negativas en el Consejo. Para resolver el problema de la participación o no de la Iglesia ortodoxa rusa en el CEI, el Santo Sínodo de los obispos decidió discutir este problema a nivel panortodoxo. Como se dice en la resolución del Sínodo: «Según la resolución panortodoxa requerida por el Sínodo de los obispos respecto a la participación o no de representantes de la Iglesia ortodoxa rusa en los diálogos teológicos interconfesionales bilaterales y multilaterales, y también en los trabajos del CEI y de otras organizaciones cristianas internacionales, se considera oportuno en el momento presente proseguir con la participación

de los representantes de la Iglesia ortodoxa rusa en la actividad de las organizaciones cristianas internacionales, poniendo de relieve la importancia particular en este momento tan difícil del testimonio ortodoxo en el mundo cristiano dividido por los pecados».

Convocada por iniciativa de la Iglesia ortodoxa rusa y de la Iglesia ortodoxa serbia, la Conferencia panortodoxa de Tesalónica (29 de abril-1 de mayo de 1998) llegó a la conclusión de que la actual estructura del CEI es inaceptable para los ortodoxos y la continuación de su participación en el Consejo es posible sólo con la condición de una «reforma radical» de éste. En relación con esta declaración, en la VIII Asamblea del CEI se decidió crear una Comisión especial del CEI para las relaciones con los ortodoxos. En el mandato de esta comisión entra el examen de todo el conjunto de las cuestiones y problemas de la participación ortodoxa en el CEI y la propuesta de posibles formas de una reforma en el Consejo.

En conformidad con la decisión del encuentro panortodoxo de Tesalónica, durante los trabajos de esta comisión la Iglesia ortodoxa rusa participa en la actividad del CEI con un «mandato limitado». En consecuencia el período actual en las relaciones de la Iglesia ortodoxa rusa con el CEI, mientras se discute un nuevo modelo de CEI y las posibilidades de una transformación, es un período de transición. En esta fase de paso hacia un nuevo modelo del CEI, la Iglesia ortodoxa rusa debe servirse de todos los instrumentos de presencia en el CEI de que dispone para la mayor difusión posible entre las Iglesias-miembros de las propias posiciones sobre las cuestiones que suscitan la crítica por parte de los ortodoxos.

Los ortodoxos tienen una actitud extremadamente responsable acerca de la propia participación en el CEI y precisamente por esto manifiestan que el actual desarrollo del CEI está tomando una dirección peligrosa y desviada. Constatan la crisis del Consejo e invitan a una revisión de toda la dirección actual y de los principios del CEI. Por esto una reforma radical debe suponer, no un cambio de la «forma» mientras la sustancia permanece inalterada, no una «re-forma», sino el cambio de la sustancia misma del CEI. Cada nuevo paso en dirección de un reforzamiento de la eclesiología protestante en el CEI será un suicidio espiritual

del Consejo. Los ortodoxos, exigiendo una «reforma» del CEI, presionan para que en él exista la posibilidad de un testimonio ortodoxo fuerte sobre la verdad de la Iglesia, sobre los principios de la unidad. Si no existiera la posibilidad de tal testimonio, si la actividad del CEI sigue eludiendo cada vez más los objetivos originarios del movimiento ecuménico, entonces perderá todo su valor espiritual.

El CEI es un fenómeno dinámico en el que es posible bien sea la «consolidación» o el «debilitamiento» de los elementos de la universalidad (*kafolicnost'*). Actualmente en el CEI es evidente la tendencia a contentarse con una «koinonia incompleta», a mantener las divisiones existentes como un grado de comunión débil pero aceptable, a fijar el *status* existente de «comunión» en las concepciones de la «comunión (cada vez más) imperfecta», de la «resignación a la multiformidad». El actual movimiento ecuménico está atravesando una crisis. La razón de esto está en el debilitamiento de las aspiraciones a la unidad, en el debilitamiento de la disponibilidad y de la voluntad de «transformación», de una renovación universal. Precisamente esto en primer lugar obliga a la Iglesia ortodoxa rusa a revisar la propia relación con el CEI. Las tendencias negativas en el CEI ponen a la Iglesia ortodoxa rusa frente a la necesidad de estar disponible para un cambio del propio *status* frente al CEI. Por otra parte, tal decisión deberá tomarse sólo cuando se hayan agotado totalmente todos los medios para la transformación de la naturaleza del CEI.

